

—¡Una seña!—repetí—. Pero, ¿á quien? En la calle, excepto los cargadores y las pescantinas, no hay nadie más que nosotros.

—¡Simplón!—repetió mi compañero—. Vuelva un poco la cabeza, mire hacia abajo...

Hice lo que me aconsejaba Cova, y distinguí, en la ventana que pertenecía al piso de Sobrado, y que aparecía entreabierta, á cuchillo, la figura de un hombre vuelto de espaldas, que alzaba el rostro en dirección de la banderita microscópica...

—Buena biblioteca se consulta aquí—dijo Cova sofocando la risa. Mientras la otra revuelve infolios, ésta saca por la galería el corazón... porque Rosa, en el lado izquierdo, lo que tiene es un cintajo de seda...—¡Qué de líos, amigo Abad! No se sale á la calle sin tropezar en alguno...



## XIII

Debo decir que, no sin gran admiración mía, Privo Cova cumplió estrictamente su palabra. Hizo más: fué en todas partes el defensor, abogado y encomiasta de la conducta de Feita. Yo temía que los arranques de ésta diesen motivo para que en Marineda la apedreasen. Ciertamente se habló á destajo, que se armó alboroto, y se calificó á la emancipada, según merecía, de insolente marimacho: pero en el punto importantísimo de su honra, en la interpretación maligna é infamante á que se prestaban sus correrías, fué dictamen general no atribuir á las genialidades de Feita, por lo pronto, ninguna intención siniestra. Debió de contribuir á esta indulgencia relativa del público la campaña benévola del en otras ocasiones desafortado maldiciente Primo Cova.

El propio desenfado característico de Feita, la claridad de sus palabras, la impetuosidad de su proceder, borraron sombras y disiparon sos-

BIBLIOTECA ALFONSO DE ALBUQUERQUE

pechas. Los agoreros más pesimistas se limitaron á predecir que Feíta, si no se había perdido, acabaría por perderse irremisiblemente, entre los azares y riesgos de la vida libre é insólita á que se entregaba. Hasta en esto rompió lanzas por ello Primo Cova. «No se perderá la chica»— aseguró tan impávido como si tuviese don de profecía—, «porque su despejo natural y el mundo que va á correr la enseñarán á precaverse. Además, á esa niña, hoy por hoy, sin cuidado la tienen los hombres y el dios Cupidillo. Lo que la hierve en los sesos es el afán de estudiar, de saber, y de aprovechar y lucir su sabiduría. ¿No ven ustedes cómo anda, hecha un Caifás, con el pelo corto, cada bota lo mismo que un lanchón, los dedos negros y la saya de través? ¿Ustedes afirman que caerá? Pues yo sostengo una apuesta. Apuesto á que antes que se pierda ese peruchón, se habrán re-perdido unas cinco ó seis muchachas de su misma esfera social, que viven al estilo antiguo, no salen solas y no dan lecciones. ¡A ver quién se juega mil realitos!»

A pesar de la atmósfera semi-benigna que se formó alrededor de la emancipada, yo me sentí tan cohibido, por la circunstancia de haber sido mi casa el terreno donde Feíta realizó su primer escarceo, que me escondí, dejé de concurrir á la tertulia de Neira, y hasta evité encontrarme con D. Benicio. Nada, cautela, mucho tiento: á tu agujero, ratón: no arriesguemos por cosa de este mundo la adorable tranquilidad.

Entre tanto Feíta, rota la valla, no se conte-

na. Mañana y tarde se la veía recorrer las calles, de verso suelto, ufana, intrépida, desgredada, empecatada de *toilette*. Diríase que era alguna forastera que no había estado en Mariñeda jamás, según el anhelo y prisa con que recorrió y curioseó la ciudad, cruzando impávida los callejones más vitandos, saliendo al campo, visitando los alrededores, escudriñando los monumentos y hasta sacando dibujos de algunas graciosas puertas románicas y algunas casas del siglo xv que se conservan aún en la vieja *Nautilia*. Si en la calle ó por los andurriales la encontraba algún conocido y se brindaba á acompañarla, la chica rehusaba sin ambages ni cumplimientos—. «Me encuentro felicísima haciéndome compañía á mí propia»—decía, con tal irradiación de gozo en las pupilas verdes, que era preciso creerla y dejarla cumplir el capricho.

Cada dos días venía puntualmente á registrar la librería de la duquesa de la Piedad, alternando este registro con el de otra biblioteca, pública y muy copiosa, la del Puerto. Yo me enteraba de que la muchacha se encontraba en mi domicilio por algún roce ó arrastre de muebles, algún eco de pasos, que se oía en las habitaciones contiguas á mi sala—pues la librería estaba pared por medio—; no ignoraba que á dos pasos de mí leía y tomaba apuntes una joven, una doncella, y me producía este incidente desasosiego y contrariedad. Nada debía importármeme, toda vez que la estudiosa, con alarde de prudencia y discreción en ella sorprendente, ni

preguntaba por mí ni daba señales de querer allanar mi morada. Sin embargo, me alteraba, me desazonaba, me trastornaba, destruía mi dulce paz. Esa intrusión de la mujer era un elemento insólito, de imprevistas consecuencias; algo que no estaba en el programa, algo reñido con mi grata soledad absoluta, con mis mañanas apacibles, con el fino aroma del *Henry Clay* voluptuosamente aspirado, con las visitas de Primo Cova á traerme la chismografía, con el goce monacal de saborear mi soconusco y de sopetear en él doradas rebanaditas de pan... Si analizo bien mis sensaciones de entonces, la que me causaba la presencia de la invisible Feíta era de molestia, hasta tal extremo, que generalmente, al escuchar el ruidito de su silla ó el volver de hojas de su libro, acababa por coger el sombrero y marcharme á la calle.

Chafaba también mi amor propio masculino que tabique por medio se encontrase una mujer dedicada á un serio trabajo, á una labor intelectual, sin acordarse de mí más que de la primer camisa que vistió. Nunca una soltera disponible se había manifestado tan despreocupada de mi vecindad. No insinúo que anduviesen las solteras encandiladas por mí; lector, mira que no es eso. Lo que digo es que *todas* daban alguna señal de saber que yo, por mi estado y mis circunstancias, podía llegar á ser un *pretendiente*, el embrión de un *marido*; y esta idea, involuntariamente, influía en su cara, en sus ademanes, se delataba en sus ojos, modificaba las inflexiones de su voz. Para ellas, yo *existía*

como hombre. Para la extravagante engolfada en su lectura á diez pasos de mí, no existía.

Hay una especie de sugestión moral—¡quién sabe si también física! —, que todo el mundo conoce ó ha experimentado alguna vez. La determina la proximidad de una persona á la cual no vemos. Entre los terrores más profundos que pueden estremecer el alma, cuento el de penetrar á obscuras en una habitación y percibir que allí está *alguien*. Aunque tengamos motivos para suponer que ese *alguien* no quiere hacernos ningún daño; aunque nos conste que el individuo allí agazapado nos tiene miedo á su vez... no somos dueños de reprimir un intenso escalofrío, una especie de horror misterioso, que no procede de la persona oculta por las tinieblas, sino de lo *desconocido*, de una aprensión sin objeto, casi sobrenatural...

Pues bien; ese mismo indefinible espanto, esa alarma sin causa racional y justa, me punzaba á mí al percibir, entre el silencio de mi solitaria celda, el leve roce de la hoja del libro que pasaba Feíta. La hora elegida por la extravagante para dar tormento á la librería de la duquesa, era precisamente la misma que yo consagraba (por ser tiempo de invierno y no poder bañarme en la playa del Rial) á mis faenas de tocador, á mi reposo después de las fricciones, y á convertir en humo mi exquisita breva. ¡Y aquella muchacha allí! ¡Qué calamidad! Al través de la pared creía mil veces sentir sus ojos curiosos que me figaban, ni más ni menos que si Feíta anticipase el gran descu-

brimiento del paso de la luz al través de los cuerpos opacos; pensaba escuchar su voz de inflexiones burlonas, y cada ruido que subía de la calle fantaseaba que era la irrupción de Feita en mi cuarto, á volverlo patas arriba. Temores ilusorios, porque á Feita, sepultada entre tomos, ni se le ocurría cosa semejante, y esta convicción creo que me irritaba más, sin que por eso dejase de tener la mente fija en la contingencia de que la lectora se me colase en la habitación; el imaginarlo me quitaba la libertad, me obligaba á proceder como si no estuviese solo, á escupir con mucho cuidadito cuando me enjuagaba los dientes...

¡Situación intolerable! Esperé que, pasando tiempo, vendría á serme indiferente la presencia de Feita en la librería, y hasta llegaría á olvidarla, como olvidamos la del gato apelotonado sobre la alfombra; mas no fué así, porque, sin duda, mis nervios se atirantaron gradualmente, y lejos de disminuir mi irracional agitación, creció hasta levantarme calentura. De suerte que el edificio de mi dicha, laboriosamente erigido sobre la piedra de mi celibato y mi soledad (acaso de mi abandono en los últimos años de la vejez), lo echaba por tierra aquella antojadiza criatura.

¡Si al menos perdiese mi bienestar por culpa del que todo lo añasca, del ciego flechador que apunta á nuestros corazones! Pero ni ese consuelo tenía. A mi parecer, ni se me importaba un bledo del marimacho, ni al marimacho se le daba de mí un ardite. ¿Yo querer á semejante

mascarón; á una chica que gasta calzado de hombre y lleva el pelo hecho un bardal? Si eso es el sexo femenino, ¡malhaya por siempre jamás amén!

Comprendí que era urgente poner fin á semejante «estado de cosas», recobrar á cualquier precio «la dulce calma», como diría nuestro *muso* local, Amador Milflores (*Ilang-Ilang* por otro seudónimo), y medité una resolución suprema.

En vez de una se me ocurrieron dos; realmente la más pronta, y única que por el momento podía adoptar, era un paliativo: la otra, la radical, la que me libertará para siempre de intrusiones atrevidas, consiste en instalar—cuanto antes, y aun sacrificando parte de las economías que prudentemente reservo para un apuro—mi deseada *garçonnière*—. Allí no podrá meterse nadie sin mi permiso como trasquilado por iglesia, ni interponerse entre mis ensueños y el humo gris de mi cigarro...

Sólo que una *garçonnière*, un nido abrigadito y poético como el que yo ansío poseer y habitar, no se arregla en un decir Jesús... y por ahora debo conformarme con el paliativo. El cual se reduce... ¡verán ustedes! á tener una entrevista con Feita, advertirla de lo mucho que me sobresalta, y rogarla que elija otra hora para sus estudios: la hora, verbigracia, en que yo salgo á paseo... Este favor no me lo negará la maniática.

Adoptada tal determinación, que me pareció en todas sus partes excelente y discreta, esperé

el día en que le tocaba á Feíta venir; me levanté más temprano que de costumbre; me lavé, peiné, acicalé y vestí de gala—no sé con qué objeto, pues al cabo Feíta era una desastrosa y no merecía tales precauciones—, y apenas advertí ruido de muebles en la contigua librería, empujé suavemente la puerta y entré.

Estaba Feíta encaramada en una escalera alta, estrechísima, revolviendo el último estante de los dos armarios unidos que encerraban el tesoro bibliográfico de la duquesa. La posición de la muchacha era indiscreta en grado sumo, y si Feíta se contase en el número de las bien encuadernadas por el forro, yo no hubiese regateado á mis ojos tan delicioso espectáculo, ese surgir del menudo pie, como flor de entre la hojarasca, envuelto en la espuma de los bajos limpios, ricos y orlados de encaje, que es uno de los encantos mayores de la mujer civilizada y pulida. Con Feíta valía más no mirar, por no encontrarse las botazas y las faldas de paño, análogas á los masculinos pantalones. La naturaleza jamás pierde sus fueros, y al entrar yo hizo Feíta un movimiento esencialmente femenino: exhaló un chillido, se puso colorada, bajó las faldas, y soltando el tomo que empuñaba, descendió precipitadamente.

—¡Vaya una manera de entrar!—exclamó—. Ya podía usted haber llamado. Me extraña que no sea usted más correcto.

—Tiene usted razón—respondí algo confuso—, y pido mil perdones; pero no sospeché que la

iba á encontrar en la percha, como un loro. Creí que estaba usted leyendo.

—Bueno; ¿qué más da?—murmuró con un resto de enojo—. Ya me bajé... Por cierto que es usted fino. Ni siquiera me tuvo la escalera para que no me rompiese las narices.

—Es que me quedé aturdido. No me dió usted tiempo á nada.

—Es que no se le ocurre á usted ni esto. En fin, ya pasó—repuso ella limpiándose los dedos, perdidos de polvo, con un pañuelito no más pulcro que los dedos—. ¿Y puede saberse qué tripa se le ha roto, Sr. Abad, para que, sin solicitar audiencia, se meta usted en mis dominios?

—¡Feíta, Feíta!—respondí sentándome en el anticuado sofá de crín que decoraba aquel chiribitil, pomposamente llamado biblioteca—. Tenga usted juicio, aunque sólo sea un día y por extraordinario. Estos no son dominios de usted: antes poseía yo la llave, y consideraba este cuarto dependencia del mío. Usted se lo ha apropiado... No me opongo; pero, á lo menos, permita que de vez en cuando ejerza mis antiguos derechos. Además, ¿qué sabe usted si yo necesito decirla cosas importantes?

Al expresarme así miraba con curiosidad á la original chiquilla, que se había sentado de espaldas á la ventana, de manera que el sol jugaba en su movida cabellera y doraba su pescuezo juvenil. Aquella ojeada (la inevitable que dedicamos á los que no hemos visto en algún tiempo), descubrió en Feíta cierta variación, no indigna de referirse. En la cara de la

muchacha se advertía inexplicable modificación de líneas, algo más lleno, suave y mórbido; sus facciones se armonizaban con más dulzura, sus sienes y cuello ofrecían curvas delicadas, sus ojos tenían una placidez, una luz velada, atractiva y graciosa que antes les faltaba por completo. De parecer un monaguillo ó un paje, había pasado Feíta á parecer una joven, más ó menos linda, pero con toda la gentileza y la lozanía misteriosa de la mujer en su doncellez tierna, en sus floridos Abriles. Su cutis se había aclarado; su boca, rosada y turgente, sonreía entre dos mejillas que un toque luminoso, nacarado, palidecía y refrescaba á la vez; sus orejitas se escondían bajo el abundoso pelo, y éste, desflecado aún como pluma de volandero pájaro, mostraba, sin embargo, algún esmero en su colocacion, y relucía y se esponjaba como sólo se esponjan las cabelleras lavadas y libres de crasitud y de impureza. Feíta había ganado mucho, y para negarlo era preciso no tener ojos.

—¿Me encuentra usted mejor, más sana?— exclamó la chica, que leyó en los míos esta impresión—. La libertad, amiguito... la santa y requetebenditísima libertad.

## XIV

—Sí—repitió riéndose, con una risa melodiosa y apacible—, la libertad es quien ha obrado estos milagros. ¡Si yo le dijese á usted los efectos beneficiosos que noto en mí, y todo por obra y gracia de la señora libertad!—Vaya usted contando. En primer lugar (y siempre en primero debe ir la salud), cuando proclamé *los derechos de la mujer*, yo me sentía floja y desmañada. A veces me figuraba que mi cuerpo me decía: «hija, zarandéame, que lo necesito mucho». ¡Pero no poder salir sino en comandita, á la hora que me ordenasen... siempre por las mismas calles, siempre empleando el mismo tiempo... en fila, despacito... eso ni es pasear, ni es nada! ¡Ahora salgo temprano, sin acompañamiento; cruzo las calles, dejo atrás la ciudad, me meto por los sembrados, los huertos, los caminitos vecinales; tengo sed ó tengo hambre; saco mi vaso—, ¿lo ve usted? aquí en el bolsillo va—bebo en el primer arroyo ó en la fuente de la carretera... cojo un mendrugo de pan y le hincó el diente... Si se me ha olvidado echarme en la faltriquera el mendrugo, compro un cuarterón de bronca y me sabe á gloria divina...

Ando una legua, dos leguas, tres... y vuelvo á Marinada en estado de beatitud! Dígame usted, Abad, pero con la conciencia en la mano: ¿hay algún mal en esto? ¿Infrinjo alguna ley humana ó divina? ¿No? Pues creo que tampoco sea ningún crimen el dedicarme á enseñar á los que no saben... y el leer á troche y moche, para curarme á mi vez de la ignorancia. Esta es toda mi vida; á ver si en ella hay qué tachar. ¡Abad de mil demonios! créame usted, estoy muy contenta de la señorita Feíta, y si los demás no lo estuviesen... peor para ellos.

Y me dió un palmo de narices, poniendo en fila las manos delante de su remangada naricilla.

—Quedamos—prosiguió—en que la salud, inmejorable. Nada de languideces ni de nervieci-tos: un sueño de marmota, un apetito de par en par, y la cabeza más fresca que una lechuga. Bueno. Pues vamos ahora á lo de dentro... que suele ser el corolario de *lo otro*. Por dentro, maese Abad, ¡me siento tan cambiada! Me he vuelto muy buena, y hasta se me ha despertado un deseo atroz de ser útil á mis semejantes, empezando por mi familia... Los últimos tiempos de mi *opresión* (patachín, patachín) cuando aún vivía sujeta al *ominoso yugo* (¡pataratachiiin!) me iba volviendo mala... ¡malísima, infame! No sentía ni pizca las desventuras que en casa ocurrían: parece que tenía gusto en que se fastidiasen, ya que me fastidiaban á mí no dejándome hacer cosas buenas é inocentes!... ¡sí, señor! Desde que he roto las cadenas, he visto que aquel modo de sentir mío era perver-

so. A mí debe importarme la familia. Y me importa, ¡cuidado si me importa!

—¡Y es natural que le importe á usted!—respondí haciendo aspavientos—. ¡Pues me gusta! ¿Donde habrá cosa que para usted valga más que su padre y sus hermanas?

La insubordinada me miró traviesamente y se quedó muy grave.

—¡Qué bobalicón es usted, ó qué hipócrita!—respondió—. ¡Abad, ó D. Mauro, ó como usted quiera! Ha soltado usted eso lo mismo que soltaría una verdad de Perogrullo... ¡y no es sino una insigue patochada! La cosa que más me interesa á mí es Feíta Neira, y á usted, Mauro Pareja. Después, lo que sigue. Pero antes, el número uno.

Quedéme estupefacto al oír salir de aquella boca virginal, y formulada tan crudamente, la teoría de la *filautia*, que yo, sin embargo, había erigido en norma de mi existencia.

—¿A que me va usted á decir que no?—continuó Feíta—. No se atreverá. Estoy cierta; no se atreve. Pero venga usted acá y hágame el favor de ser franco, franco: ¿tengo ó no tengo razón? Dios nos manda, en primer término, que nos salvemos á nosotros mismos: después de mirar por nuestro propio bien, por nuestra felicidad propia, es el momento de pensar en la del prójimo. El deber supremo es para con nosotros, Abad. Y lo digo porque estoy harta de que á las mujeres no nos consientan vivir sino por cuenta ajena. ¡Caramba! No ha de haber nada de eso... Para mí vivo, para mí.

— Es usted un monstruo, Feíta — exclamé conteniendo la risa.

— Y usted un serpentón... — replicó ella soltando la carcajada —. Diga — añadió, metiendo las manos en el bolsillo de su chaqueta y sacando unas monedas que soltó sobre la mesa triunfalmente —: y de esto, ¿qué opina usted?

— ¡Cinco duros! ¡Zambomba! ¡Las ganancias!

— Mi primer mes de sueldo, que me lo han adelantado los de Boliche: y me querían adelantarse el segundo, porque están encantados de mí — prosiguió la joven —. ¡Dinerito del alma! (Y al decirlo cogió una de las monedas, y con infantil movimiento la acercó á los labios.) ¡Qué bien me sabes! ¡Qué embelesada estoy contigo! Te he ganado yo, yo misma; no te he recibido de manos de ningún hombrón; no eres señal de mi esclavitud, ¡erés prenda de mi emancipación total y absoluta!

— ¡Pobre criatura! — murmuré en tono compasivo. — ¡Qué ilusiones!

— ¡Ilusiones? Desde el mes entrante tengo una lección más: me la han buscado los de Boliche y doña Consola. ¡Eh! ¿Usted qué creía? ¡Quince duros! Con quince duros se vive pobremente, pero se vive. El día que no tuviese lecciones en Marinada, á Barcelona ó á Madrid me largo á buscarlas. ¿Qué se figura usted? ¿Que yo me apoco? Sí, bonita soy para apocamientos. Tengo la seguridad de ganarme el pan en cualquier punto del globo. Lo que más risa me da, es cuando la gente, que no acaba de entender mis ideas, dice por ahí que proyecto

«dedicarme á poetisa». Aquí, aun no bien una mujer sabe cómo se llama la capital de Rusia, poetisa la tenemos. ¿Qué entenderán por poetisa esos lilailas? ¡Yo, que casi no manejo poetas; que prefiero leer de medicina ó de historia! ¡Yo, que no acertaría á asonantar una mala aleluya! El otro día estuvieron tan necias las de Tardejón con tumba y daca la poetisa, y vuelta que les leyese *mis inspiraciones*, que para tomarlas el pelo recité un romance del Cid, aquel de

Afuera, afuera, Rodrigo,  
el soberbio castellano...

y se tragaron que era mío, las muy estúpidas. ¡En fin, Abadillo ó Abadejo, que con este hermoso duro, primero que gané, voy á hacerme un imperdible... y lo usaré siempre! ¡Veinte reales del alma! ¡Sueño plateado!

— Lo que noto en usted, Feíta — dije en tono incisivo y creyendo que la desconcertaría — es que desde la santa libertad se arregla usted mejor; trae usted el pelo más coquetoncillo; se nota en usted... cuidado, primor...

— Así es en efecto — repuso con aplomo —. Antes, mi abandono era como una especie de protesta, una forma de mi rabia contra el yugo... Desde que soy libre, he comprendido muchas, muchísimas cosas que antes no podía alcanzar... No crea usted: esto de la libertad tiene de bueno que ensancha el meollo y le abre á uno no sé qué ventanas allá en el entendimiento, por donde se ven sin esfuerzo las verdades. Cuando me tenían presa entre cuatro paredes, me decía

Rosa: «Mujer, abróchate bien ese cuerpo, que pareces el trasno... Mujer, atusa esos pelos, que eres la mismísima estampa de un puerco espin»... Y yo, por llevar la contraria, respondía: «Mejor, estoy así porque me da la gana; métete en tus narices, presumidona...» Ahora conozco que si ella era entrometida, yo era rara y mal criada... ¿Ve cómo lo conozco? Y desde que me he convencido de ello, aunque no me gusta vivir esclava de los moños, me arreglo lo posible, todo lo que cabe, sin derrochar un tiempo que debo dedicar á cosas mejores. Para andar aseada, lavo y plancho yo misma mi ropa, mis cuellos: ¿ve usted qué reluciente éste de hoy? No lo llevará usted más blanco. Gasto mucha agua, remojo la cabeza dos veces por semana, y me paso el pelo con unos cristalitos de soda... á lo pobre, porque el *shaampoing* cuesta un sentido, y las yemas de huevo... son muy buenas para almorzarlas. También cuido las garras: ya he perdido la mala maña de comerme las uñas; las limo, las recorto, y así me ahorro guantes. Voy sin ellos. Ahora las tengo negras de polvo, y el pañuelo también, porque anduve revolviendo ahí arriba, y claro... Pero si usted me da un poco de agua y jabón... ¡verá qué manos de señorita!

Al hablar así la extravagante, parecíame más evidente su transformación, que allá en mis adentros, valiéndome de un símil nada nuevo, comparaba á la de la crisálida cuando pugna por romper el capullo.

—Adelante; que se nos va usted á convertir en

una mujer encantadora, Feita. ¿Ve usted cómo yo tenía razón? ¿No la he predicado á usted cien veces que es preciso arreglarse, y que á su sexo de usted le sienta bien un poquillo de coquetería?

—En eso disparataba usted. De mis reflexiones resulta que debe uno arreglarse por higiene, por decoro, por respeto á nuestros semejantes; por coquetería, niquis. Con esos principios, vamos derechitas á Rosa y á sus... á sus...

Vi que Feita, tan decidida en la frase, titubeaba, lo cual me sorprendió.

—A sus exageraciones, dirá usted... ¡Corriente! Todo extremo es vicioso. Rosa no vive sino para los pingos. Pero ¿no cree usted que el arte, manifestado en el atavío femenino, hermosea la vida? ¿No opina usted que el placer que nos causa ver á la mujer prendida con esmero y gusto, es lícito y hasta puro y noble? A ver, Feita; usted que tiene tanto talento y tanta imaginación...

—¡Chist! ¡Alto... no descarrile! Soy poco amiga de inciense y de farsas.

—Bueno... pues usted... que... en fin, que ha leído y no es... un animal...! (creo que no extremo la lisonja) ¿no se hace cargo de que la mujer fina y ataviada es una de las conquistas de la civilización, y que el descuido, la indiferencia, la vuelven al estado salvaje?

—No niego eso—respondió sonriendo Feita, —siempre que usted me haga extensiva la teoría al hombre. Ese mismo gusto que ustedes pueden hallar en vernos artísticamente arregladas, lo hallaríamos nosotras en verles á ustedes menos ridículos de lo que andan con el tra-

je de ahora, que ni buscado con candil podría ser más horroroso. Ustedes dicen que visten así por comodidad y por higiene. Pues nosotras, con atender á la higiene y á la comodidad... despachadas. ¿Qué obligación tenemos de recrearles á ustedes la vista? ¿Somos odalis-cas, somos muebles decorativos, somos claveles en tiesto? Gaste usted cuellos de encaje y bu-cles, y yo haré un sacrificio y me ataviaré á la Pompadour.

—Me aplasta usted—respondí irónicamente, fingiéndome convencido.

—Crea usted que, suprimidos los moños, no por eso dejarían ustedes de hacernos caso. Vestidas de estameña nos miran ustedes, y con botas de cuero gordo hacemos conquistas. Ya que viene á cuento, antes de que se lo diga á usted Primo Cova, le quiero enterar de que tengo... ¿qué dirá usted? Un adorador ferviente.

—¡El Gobernador!—exclamé, levantándome amostazado, con una vehemencia colérica que, según entendí, demostraba mi antipatía hacia el hombre doble.

—¡El Gobernador!—repitió Feíta con expresión despreciativa, pero dirigida á mí—. ¡El Gobernador! ¡Si será usted camueso! ¡También á usted se la ha pegado ese truhán, con su falsa maniobra! Le creí más perspicaz, Sr. Mauro. ¿No tiene usted ojos? ¿No ha visto que, mientras discute, se chancea y arma peloterías conmigo, los guiños y las señas del tal Mejía se dirigen á mi hermana Argos? Pues la de Cabrera y las de Tardejón lo pescaron ya. ¡Y por cierto que se

me figura que esta vez... Argos... le dará que hacer á mi pobre padre!

—Pero, ¿es de veras?

—Y tan de veras. ¿Acostumbro mentir?

—¿Y el melenudo?

—¡Bah! Ese siempre dije yo que no iba á ninguna parte. Es un manso, un corderillo que bala. Argos... Argos... quiere leones; se muere por los audaces, por los insolentes, por los perdidos. Hay bastantes mujeres del temple de Argos. ¿Y sabe usted cómo se llama tal predisposición? Falso romanticismo, y telarañas en mollera vacía.

—Pues—, contesté respirando—me alegro, Feíta, de que no sea usted... Porque el tal Mejía me huele á pirata... Le tengo entre ceja y ceja... ¡Sentiría que la eligiese á usted por víctima!

—¡Bravísimo!—gritó Feíta aplaudiendo y señalándome burlescamente—. Con que si me eligiese... ¡paf! ¡víctima me declara usted y al sacrificio me conduce Mejía? ¡Pobre de mí! Puede tranquilizarse; no me persigue Mejía. Hay en la costa otros moros...

—¿Quién, quién? Feíta, hónreme usted con su confianza—supliqué lleno de inexplicable afán.

—Pues mi trovador—respondió la loca—es un obrero socialista... Usted le conocerá... El *compañero* Sobrado. Un paso de novela. Me encontró el otro domingo en un huerto, á espaldas de la fábrica *La Industrial Marinedina*; yo estaba sentada en una piedra merendando mi zoquete de brona, y él venía solo, cabizba-

jo, muy pensativo. Me saludó, me preguntó qué hacía; se lo expliqué, le ofrecí pan, y más de una hora charlamos. No crea usted, es ilustrado; ha leído cosas... que parece mentira. ¡Allí salió Proudhon y el príncipe Kropotkine, y una obra de Bebel, y hasta el Evangelio... porque él asegura que el Evangelio es comunismo puro, de lo refinado! Yo le enteré de mis ideas y él me contó sus penas, el abandono en que D. Baltasar dejó á su madre, cómo aprendió un oficio para ayudarla, cómo no le gusta emborracharse ni ir á bailes de candil. Nos hablamos con confianza, lo mismo que si toda la vida nos conociésemos, á pesar de que no le había visto jamás. Me fué simpático—. ¿Por qué pone usted ese gesto?—A él le caí tan en gracia, que desde entonces se mete en los portales para verme pasar. Otra le miraría con ceño ó le echaría una ojeadita de soslayo: yo le miro cara á cara, pero él no entiende lo que significa mi mirar, y apenas tenga ocasión, le llamaré á capítulo y le cantaré muy claro que se deje de boberías: temo que esas exterioridades me quiten un adarme de la santa libertad ó un céntimo del ideal duro, del plateado sueño. Además me fastidia que no sea mi amigo á secas, porque su conversación me divirtió bastante, y si le da por cantarme endechas, no podremos echar otro palique comiendo brona. Créa que ya se lo habrían contado á usted, hombre... ¡Atiza! ¡El French que da la media! ¡La hora del almuerzo! Adiós, adiós, Abadito. Continuaremos la sesión... pasado mañana.

## XV

Y salió escapada, como un rehilete, dejándome asaz preocupado y descontento de mí mismo. ¿No había yo entrado allí para rogarla que variase la hora de sus visitas á la librería? Y en vez de tan necesaria advertencia, ¿no me había dejado enredar en conversación y oído cien mil cosas que ni me iban ni me venían, pero tenían la fatal condición de revolverme la bilis? Era indudable que yo había cometido una inadvertencia gorda dejando que se acercase aquella muchacha á mi guarida. Tipo tan original y tan vivaz como Feita no entra impunemente en ninguna parte. Su natural virtud es la de agitar, trastornar y embrollar una existencia, por bien arreglada que la supongamos.

Después de su marcha, sin querer quedé rumiando sus revelaciones. Lo que más me irritaba era descubrir en mí extraña indulgencia hacia las rarezas de la independiente, y propensión á que su carácter y modo de proceder, en vez de indignarme ó serme antipáticos, se me